

No tardaré mucho

\*

Cuando mi padre cumplió sesenta años le regalamos un MP3. Era verde; verde oscuro, tenía la tonalidad de un embalse de agua estancada. Era el reproductor más sencillo que encontramos en unos grandes almacenes. El dependiente nos lo dijo. Lo agarró entre sus dedos índice y pulgar, lo colocó a la altura de nuestros ojos, y nos dijo que era el preferido de los jubilados y de las *amas de casa*. Solo disponía de tres botones: *reproducir, parar y pasar a la siguiente canción*.

Mi padre no estaba jubilado y, aunque vivía solo, yo no le habría definido como *ama de casa*, pero aun así consideramos que encajaba en el perfil de personas para las que se había diseñado aquel aparato.

—¿Puede escucharse la radio? —le preguntó mi hermano.

—Por supuesto —respondió complacido el empleado de los grandes almacenes.

\*

Lo envolví yo mismo usando un papel de fantasía que tenía guardado en el cajón de mi cómoda proveniente de algún otro regalo que había recibido y de cuyo envoltorio no me había deshecho. El paquete, una vez terminado, tenía el tamaño de una caja de cerillas o de caramelos para la tos o de un mechero o de un bote de pimentón dulce.

—¿Te gusta? —le pregunté.

—¿Sabes lo que es? —le preguntó mi hermano.

—Claro —nos respondió a ambos.

Pero lo cierto era que no le gustaba y que no tenía la menor idea de su utilidad.

\*

Siete meses antes del cumpleaños de mi padre, mi madre había fallecido de un cáncer de colon. Aquel era el primer cumpleaños que él pasaba solo, por eso mi hermano y yo decidimos cenar con él. También por eso pensamos que sería buena idea que uno de los dos se quedara a dormir, para que no pasase la noche tumbado sobre el colchón de su habitación, rodeado de fotografías de nuestra madre. Imágenes inertes que, al igual que ella, ya no podían hablar, ni escuchar, ni respirar; tampoco llorar o reír.

Lanzamos una moneda al aire. Elegí cruz, pero salió cara, así que me tocó ponerme el pijama y meterme en la que había sido mi cama durante más de dos décadas.

\*

A media noche entré en su habitación. Estaba sentado sobre el colchón con las zapatillas y los calcetines puestos. Sus pies le colgaban en el aire. Mi padre siempre fue un hombre menudo, pero nunca me había parado a pensarlo hasta que le descubrí con los pies colgando en el aire como si fuera un niño sentado en el banco de un parque.

Sobre la mesilla de noche se encontraba su vieja radio encendida. Las pilas de la parte trasera estaban sujetas por dos gomas cruzadas porque la tapa original se había perdido años atrás.

—¿Por qué haces eso? —le pregunté.

—¿Escuchar la radio? —dijo él.

—Escuchar la radio en ese aparato cochambroso —le corregí—. ¿No te gusta el MP3 que te hemos regalado?

Movió la cabeza de un lado a otro, buscando con la mirada por toda la habitación nuestro regalo, pero no lo encontró. Quizá lo había perdido, o lo había olvidado sobre la mesa del salón, o tal vez lo había arrojado por error a la basura con los restos de la cena.

Me senté a su lado.

—¿Echas de menos a mamá? —le pregunté.

Me miró, colocó su mano derecha sobre mi rodilla izquierda dándome varias palmadas, y respondió:

—Tengo que afeitarme.

—¿Ahora? —pregunté incrédulo.

Se pasó los dedos por el mentón, al hacerlo se pudo escuchar un sonido ligero, como el de un plato cocinándose a fuego lento.

—Espérame aquí —dijo—, no tardaré mucho.

Se puso de pie y caminó hacia el cuarto de baño, antes de entrar, se giró hacia mí.

—Puedes escuchar la radio mientras esperas —me dijo sonriendo.

Entornó la puerta, abrió el grifo y no lo cerró ni una sola vez durante todo el tiempo que tardó en afeitarse. Siempre hacía lo mismo. Mi madre lo odiaba y discutían constantemente por ello.

Nuestras costumbres sobreviven a nuestros seres queridos, pensé.

\*

Unos diez minutos después de haberlo abierto, mi padre cerró el grifo. Luego hubo un segundo de silencio; un segundo de silencio absoluto. Y por último se escuchó un golpe seco, un estruendo similar al de la madera y el cristal cuando se rompen de forma conjunta.

Corrí hacia el baño y abrí la puerta. Mi padre estaba dentro. Tumbado sobre el suelo, colocado en posición fetal. Se había cortado el cuello con la cuchilla de afeitarse. Todo estaba manchado de sangre. Los azulejos blancos de la pared, el lavabo, el inodoro, su cara, el pijama... Todo lo que podían abarcar mis ojos estaba cubierto de sangre.

Seguía vivo. Se convulsionaba y parecía como si quisiera hablar, o toser, o pedir auxilio; pero de su boca solo manaban burbujas rojizas, mitad saliva y mitad sangre.

Me arrodillé, le agarré por las axilas y acomodé su cabeza sobre mi regazo. No sabía cómo actuar. No sabía qué hacer. No sabía qué decir. No sabía si quedarme callado o comenzar a gritar. En su mano derecha continuaba la navaja; las gotas de sangre recorrían su filo. Eran de un rojo oscuro, tan oscuro que casi parecían negras. Miré su cara. La sombra de barba que se dibujaba en ella unos minutos atrás había desaparecido. Antes de rebanarse el cuello en dos, había usado esa misma cuchilla para afeitarse. Lo había hecho con sumo cuidado, además, puesto que su rostro no mostraba ni un solo corte. A nuestro alrededor un fuerte hedor, mezcla de muerte y *aftershave*, lo envolvía todo.

Medio minuto más tarde sus ojos se cerraron y mi padre falleció con la cabeza apoyada sobre mis rodillas.

\*

—Los famosos siempre se mueren en el retrete.

La frase es buena, pero no es mía, la pronunció mi hermano tras el entierro de nuestro padre. Era de noche. Después de despedirnos de los familiares y amigos que nos habían acompañado, decidimos emborracharnos. Fue entonces cuando mi hermano pronunció aquella frase y me dijo que Whitney Houston y Jim Morrison habían muerto en el cuarto de baño, como Elvis Presley o el actor Philip Seymour Hoffman.

No paró de hablar durante más de una hora, enlazando un nombre con otro de forma encadenada. Era de noche y estábamos en el interior de un local con poca iluminación, pero aun así mi hermano no se quitó las gafas de sol ni una sola vez.

\*

Cuando tenía doce años me escapé de casa. Lo hice porque quería unirme al circo que había pasado las últimas cuatro semanas con sus roulottes y sus carpas instalado a dos manzanas de la calle en la que vivíamos. Realmente no lo hice por eso, podría decirse que unirme a los feriantes era el objetivo de mi fuga, pero no el verdadero motivo. El motivo real por el que me escapé de casa fue que Ángela Pedralbes, la chica que se sentaba a mi lado en clase y de la que llevaba toda la secundaria enamorado, me dijo que era un monstruo. No dijo exactamente que era un monstruo, más bien dijo que lo parecía. Y si ella creía que parecía un monstruo, yo, que llevaba toda la secundaria enamorado, no tenía la menor intención de contradecirle, así que pensé que si realmente era un monstruo, o al menos lo parecía, debía convertirme en feriante y deambular de una ciudad a otra mostrando mi cuerpo deforme ante el público.

Mi pierna derecha mide nueve centímetros más que mi pierna izquierda, por lo que, para poder caminar sin balancearme, uno de mis zapatos tiene que llevar una pequeña plataforma de ortopedia que regula la posición horizontal de mis hombros y mi cadera. Por ese motivo Ángela Pedralbes pensaba que era un monstruo, o al menos que lo parecía, y por ese mismo motivo me escapé de casa una noche y me presenté frente a una de las caravanas del circo.

Tuve que llamar tres veces hasta que apareció alguien al otro lado. El tipo que abrió era el domador de leones. Lo sabía porque un par de días antes había asistido al espectáculo junto a mis padres y mi hermano. Llevaba una camiseta de tirantes y unos calzoncillos largos. Ataviado así, sin su sombrero y sin el fijador que moldeaba su bigote haciendo que sus puntas simularan las manecillas de un reloj que marcaba las diez y diez, no parecía gran cosa.

—Quiero unirme al circo —le dije.

Creo que aquella no fue la primera vez que un niño se presentaba en la puerta de su casa móvil con semejante proposición, puesto que no pareció inmutarse ante mi comentario.

—¿Y eso por qué? —preguntó con el mismo desinterés con el que alguien asiente cuando unos amigos le proponen mostrarle las fotografías de sus últimas vacaciones.

—Soy un monstruo —le aclaré—. Y después miré hacia el alizador de mi zapato izquierdo.

—Claro, ahora lo entiendo todo. Anda, pasa —dijo tras observar mis pies durante un par de segundos.

El habitáculo en el que vivía era minúsculo. Un espacio de unos pocos metros cuadrados en el que todas las estancias de una casa normal se resumían en un único cubículo. Me pidió que me sentara sobre el colchón. Era un colchón desnudo, sin sábanas. Después abrió una pequeña nevera situada bajo un fregadero lleno de platos y vasos sucios y extrajo una lata de refresco. Se sentó a mi lado y esperó a que me la bebiera en silencio. El vello del pecho le asomaba por el cuello de su camiseta, era blanquecino y rizado. Cuando terminé le entregué la lata vacía, se levantó, la colocó en el fregadero, junto a los vasos y los platos sucios, y me pidió que apuntara en un recorte de papel el número de teléfono de mi casa.

\*

Mi padre vino a recogerme quince minutos más tarde. No hablamos durante todo el trayecto de vuelta. Él se limitaba a conducir golpeando con las palmas de sus manos el volante y negando con la cabeza una y otra vez.

Mi hermano estaba en nuestra habitación cuando regresé. Sentado sobre la cama. Despierto. Esperándome.

—¿Por qué lo has hecho? —me preguntó.

—Porque soy un monstruo —le respondí.

—Lo que eres es imbécil —dijo él.

Y justo después de terminar su frase me dio una bofetada, una bofetada que retumbó en las paredes y en las ventanas y en el techo y en los muebles y en el parquet y en lo más profundo de su alma y de la mía. Una bofetada que dejó impresos sus dedos en mi mejilla durante varios días.

A la mañana siguiente, a primera hora, entró en mi clase y preguntó en voz alta por la persona que había dicho que yo era un monstruo. Ningún niño respondió, pero Ángela Pedralbes, asustada y avergonzada, agachó la cabeza y clavó su mirada en el pupitre. Para mi hermano fue suficiente. Le pegó otra bofetada tan violenta como la que me había dado a mí la noche anterior. Después se dio la vuelta y se marchó sin pronunciar una sola palabra más.

Minutos después, cuando llegó la profesora, se encontró a un niño y una niña, sentados una al lado del otro, con sendas marcas en sus mejillas. Supongo que pensó en lo extraña que era aquella situación, pero no dijo nada.

\*

Cuando llamaron de la notaría pensé que se trataba de un error. Mi padre había pasado toda su vida siendo un desastre. Mi madre le compraba la ropa, se la lavaba, se la planchaba y se la dejaba preparada cada mañana. Él ni siquiera sabía las camisas que tenía. Los últimos seis meses de su vida los pasó alternando un par de trajes. Siempre los mismos trajes combinados con una única corbata. Mi hermano le hacía la compra por internet porque él no era capaz de detectar sus propias necesidades. Nunca tuvo agenda de contactos, cuando necesitaba algo se limitaba a marcar alguno de los tres números que recordaba de memoria. Tampoco tenía un calendario en el que apuntar las fechas importantes, por lo que cuando llegaban nuestros cumpleaños teníamos que recordárselo nosotros mismos.

Así que, cuando dos semanas después de su fallecimiento, llamaron de la notaría para decir que mi padre había dejado un sobre a modo de testamento y que podíamos ir a recogerlo cuando quisiéramos, pensé que se trataba de un error. O de una broma de mal gusto. O de un absurdo malentendido. No tenía ninguna lógica que el hombre que dependió durante toda su vida de mi madre para sobrevivir, el hombre que pasaba largas horas sentado junto a la ventana leyendo la sección de deportes del periódico y escuchando la radio; el hombre que no era capaz de ir al estanco sin perderse en el camino, hubiera sido capaz de redactar un testamento previo a su suicidio.

\*

—Vamos a ir hasta allí para nada, seguro que se trata de un error.

Eso dijo mi hermano. Lo dijo él, pero lo pensábamos ambos.

—¿Por qué has traído al perro? —le pregunté yo.

Él guardó un instante de silencio; de pie, bajo el umbral de la puerta de mi apartamento, sosteniendo una correa de cuero. A un extremo de la correa de cuero estaba la mano derecha de mi hermano y al otro extremo de la correa de cuero un galgo o un podenco de unos treinta kilos de peso.

—Se llama Aurora.

—¿La perra se llama Aurora? —le pregunté—. Es un nombre de persona.

—Ya lo sé. Se lo puso Alicia. Dice que significa *Diosa del amanecer* o algo así. En griego o en latín. No tengo ni idea. El caso es que hemos discutido.

Antes de la muerte de nuestra madre y de que ambos decidiéramos pasar más tiempo con nuestro padre, mi hermano y yo apenas teníamos contacto. No sabía cuánto tiempo llevaban juntos Alicia y él, ni siquiera sabía que compartían piso. Solo habíamos coincidido una vez, cenamos los tres juntos en un restaurante japonés. Mi hermano y yo comimos usando el tenedor, pero ella lo hizo agarrando los palillos de madera con sus dedos pulgar, corazón e índice de su mano izquierda. Lo recuerdo porque verla comer sushi de esa forma me pareció una acción poética y sensual.

Miré a la perra y luego le miré a él. Lo hice recorriendo con mis ojos la correa que les unía a ambos.

—Alicia y yo, quiero decir —me aclaró—. Hemos discutido. Siempre estamos discutiendo. No sé qué le pasa, dice que no confía en mí, que no le presto atención, que paso demasiado tiempo trabajando. Piensa que tengo una aventura. —Apretó con fuerza los dedos sobre el cuero antes de continuar hablando—. Se ha ido de casa. Yo nunca he tenido un perro. Aurora es suya, pero no se la ha llevado. Ha dejado una nota pegada al frigorífico en la que explica los horarios en los que hay que ponerle comida y en los que hay que sacarla a pasear. He pensado que te podría hacer compañía.

Mi hermano dejó de hablar y Aurora se sentó sobre el felpudo. Parecían una pareja de cómicos que mostraban un show previamente ensayado ante el público.

—Solo serán unos días, Alicia regresará tarde o temprano —dijo en tono de súplica.

Después, sin esperar mi respuesta, sacó un *post-it* arrugado del bolsillo trasero del pantalón y me lo ofreció.

—Le toca comer dentro de dos horas. He traído un saco de pienso, debe pesar al menos veinte kilos. Lo tengo en el maletero, si me ayudas lo podemos subir juntos cuando regresemos de la notaría —concluyó.

\*

El notario vestía un traje negro y llevaba unas gafas doradas colgadas del cuello. Cuando caminaba, la montura le golpeaba en el pecho. La estancia era pequeña y hacía calor. Las ventanas estaban cerradas y no había aire acondicionado.

Nos dio las gracias por venir, después nos preguntó el nombre de nuestro padre y finalmente nos pidió la documentación que acreditaba que éramos sus hijos. Cuando se la entregamos, se disculpó y salió del despacho. Estuvo en la sala contigua durante un par de minutos. Había una mujer allí, quizá su secretaria. Desde las sillas en las que nos encontrábamos podíamos verles a través de la abertura de la puerta que comunicaba ambas estancias. Parecían buscar algo en un archivador de carril.

Mi hermano apretó los hombros contra el respaldo para poder ver mejor lo que ocurría, pero no lo logró, así que, usando la punta de uno de sus zapatos, separó las patas delanteras de la silla unos centímetros del suelo para obtener una mejor perspectiva.

—Me ponen cachondo las secretarias —dijo al regresar a su posición inicial.

Entonces fui yo el que forzó su postura para observar mejor lo que ocurría en la otra habitación. La señora que ayudaba a encontrar la documentación de nuestro padre al notario parecía haber nacido varios siglos atrás.

—No me extraña que Aurora se haya ido de casa —le dije—. Estás enfermo.

—Aurora es la perra —respondió—. La que se ha ido de casa es Alicia —me aclaró.

\*

En el interior del sobre que nuestro padre nos dejó a modo de testamento había una carta mecanografiada y una treintena de fotografías.

Todas las imágenes eran de una misma persona. Fotografías tomadas a lo largo de varias décadas. En las primeras podía verse a un hombre de unos treinta y cinco años, moreno, de estatura normal y complexión atlética. En las últimas aparecía el mismo señor, pero su pelo se había clareado y una incipiente barriga le asomaba bajo la camisa.

En la mayoría de las instantáneas, todas impresas en tamaño de 10X15, el hombre había sido inmortalizado realizando diferentes acciones. En muchas de ellas se le podía ver bajando de un coche, en las más antiguas lo hacía de un *Ford Taunus* verde y en las más recientes de un *Peugeot 405* azul marino. En otras se le veía caminando por la calle, de frente y dando la espalda al objetivo, saliendo de un supermercado cargando bolsas de plástico, entrando en el portal de

un edificio, subiéndose a un autobús, alzando su mano para detener un taxi, encendiéndose un cigarrillo, poniéndose unas gafas de sol, mirando la hora en su reloj de pulsera o ataviado con ropa deportiva corriendo por la pista de cemento de un parque.

En total eran treinta y siete fotografías. Solo en tres de ellas aparecía acompañado, siempre por la misma persona, una mujer de una edad similar a la suya. En la primera fotografía se les veía saliendo de un cine, en la segunda paseando por una avenida comercial y en la tercera sentados en un banco, frente a un pequeño lago con patos y flores de agua.

La mujer que aparecía en las tres fotografías le agarraba de la mano en todas ellas.

La mujer que aparecía en las tres fotografías sonreía en cada una de las imágenes.

La mujer que aparecía en las tres fotografías era nuestra madre.

\*

El texto que acompañaba las instantáneas tenía una extensión de un folio y medio, estaba escrito con una tipografía estándar, quizá *Times New Roman* o tal vez *Book Antiqua*, su tamaño no superaba los diez puntos y su interlineado era sencillo. Imaginé lo mucho que a mi padre, al que nunca había visto escribir ni una sola línea de texto en una hoja, le debía haber costado redactar una carta de aquellas dimensiones.

En ella nos explicaba el origen de todas las fotografías que adjuntaba y la historia que las acompañaba. Nuestra madre había conocido al hombre fotografiado dos años después de casarse con nuestro padre. Era un farmacéutico que vivía a menos de dos kilómetros de la casa en la que nosotros nos criamos. Mi padre descubrió su relación pocos meses después de iniciarse, pero no dijo nada, se limitó a seguir los pasos del hombre con el que compartía a la persona de la que estaba enamorado.

Le espió durante años, al principio con odio, después con resignación y finalmente como el que cumple con una rutina de forma automática aunque ya no tenga muy claro su significado o su utilidad.

La relación se mantuvo varias décadas. El hombre estaba casado y tenía un hijo. Mi padre vio crecer al niño de la misma forma en que nos vio crecer a nosotros, sabía el colegio en el que estudiaba, los nombres de sus amigos y el equipo de baloncesto en el que jugaba.

Cuando a mi madre le aseguraron que el cáncer de colon que la estaba devorando por dentro se había extendido de forma irreversible, le confesó a mi padre la relación

extramatrimonial que había mantenido durante más de treinta años. Fue en ese momento cuando mi padre decidió mostrarle las fotografías.

Ella no le pidió perdón por la vida que había llevado y las decisiones que había tomado. Él no se lo exigió.

Después de aquel día, y durante los últimos meses de vida de nuestra madre, solo volvieron a hablar del hombre de las fotografías una vez. Lo hicieron la noche en que mi padre le preguntó si podía asegurarle que nosotros éramos sus hijos. Mi madre fue sincera. Le dijo que para ella, él siempre sería nuestro padre. Y que eso no cambiaría nunca. También le dijo que sabía que aquella frase no respondía a su pregunta, pero que desgraciadamente aquella frase era todo que podía decirle.

\*

Alicia se presentó en mi apartamento para recoger a Aurora cuatro días después. Era más alta y delgada de lo que recordaba, o quizá había perdido peso desde la noche en que los tres cenamos en un restaurante japonés en el que ella tomó sushi usando unos palillos de madera que sujetaba con los dedos pulgar, corazón e índice de la mano izquierda. Su peinado y el color de su pelo también habían cambiado. Llevaba un vestido negro que le llegaba por debajo de las rodillas y unas zapatillas deportivas blancas sin cordones.

—¿Se ha portado bien? —me preguntó.

Le dije que sí, aunque lo cierto era que se había orinado tres veces sobre la alfombra del salón y que había destrozado un cojín agarrándolo con fuerza entre sus dientes y moviendo la cabeza de forma enérgica de un lado a otro.

—¿Quieres un café? —le pregunté.

—Preferiría una cerveza —dijo ella.

Mi hermano era el único vínculo de unión entre ambos, así que hablamos de él mientras bebíamos. Ella me dijo lo gracioso que le pareció cuando se conocieron y lo estúpido que le fue pareciendo con el paso del tiempo. Después me dio el pésame por el fallecimiento de nuestro padre y dijo que, aunque solo le había visto una vez, sentía una profunda tristeza por su pérdida. Y por último me contó que acababa de alquilar un pequeño apartamento de una habitación y que, puesto que ya disponía de un lugar en el que quedarse, podía llevarse a Aurora.

—¿De verdad se ha portado bien? —me volvió a preguntar—. Suele ponerse nerviosa en los sitios nuevos.

Antes de responder, contemplé de reojo los cercos de las manchas de la alfombra.

—No me ha causado ningún problema; puedes estar tranquila —le mentí.

Guardamos silencio un instante. Yo miré la abertura de su vestido, que le dejaba a la vista las rodillas y el nacimiento de sus muslos. Ella miró mis zapatos de ortopedia.

—¿Dónde los compras? —me preguntó.

Desvié la mirada hacia mis pies. Tenía las piernas cruzadas y mi pie izquierdo, con su calza de nueve centímetros, flotaba en el aire, justo delante de sus ojos.

—En cualquier sitio —respondí—, son zapatos normales, los compro y después los llevo a que me los ajusten. Me ayudan a caminar sin ir dando tumbos, pero me hacen parecerme a *Frankenstein*.

Sonreí. Ella también lo hizo.

—Es raro —dijo—, la primera vez que nos vimos no me di cuenta.

—La primera vez que nos vimos pasamos toda la noche cenando en un restaurante, estábamos sentados y el mantel nos tapaba las piernas, supongo que fue por eso —le aclaré.

—¿Y todos tus zapatos son así? —me preguntó.

—¿Te refieres a que si todos mis zapatos tienen una suela de nueve centímetros? —le pregunté yo.

Asintió con la cabeza.

—Sí, todos —respondí.

—Qué curioso —dijo ella incorporándose y colocando los codos sobre sus rodillas—.

¿Y por qué no vamos a tu habitación y me los enseñas?

Vació la lata de un trago y la dejó en el suelo, sobre en la alfombra, justo al lado del lugar en el que se encontraba Aurora, con los ojos cerrados y el hocico incrustado entre sus dos patas delanteras.

\*

Mi hermano y yo decidimos reunirnos nuevamente en el bar en el que nos habíamos emborrachado la tarde en que enterramos a nuestro padre.

El sobre marrón de papel de manila estaba entre ambos. Mi hermano había colocado varias veces su bebida encima y el vapor de agua había dibujado diferentes marcas circulares sobre él.

—Tíralo, o quémalo, o quédalo, o rómpelo en mil pedazos —dijo—. Haz lo que quieras con él, pero yo no quiero volver a verlo.

Y después dio un largo trago; al hacerlo cerró los ojos, como si se creyera atrapado en un mal sueño y pensara que cuando volviera a abrirlos el sobre de papel de manila ya no estaría allí, ni tampoco las fotografías del hombre que podía ser nuestro padre, ni la carta de un folio y medio escrita con una tipografía estándar y un interlineado sencillo.

Pero cuando terminó de beber, todo seguía en el mismo lugar en el que lo había dejado un instante antes.

—Putá vida —dijo.

Y esas dos palabras bastaron para mostrarse ante mis ojos abatido y derrotado, como sacado de una canción de Johnny Cash, o de un cuadro de Hopper, o como si fuera uno de los personajes a los que solía interpretar Sam Shepard.

—Ayer vi a Alicia —le dije—. Vino a casa para buscar a Aurora.

Su rostro cambió, dejó de ser un hombre sin esperanza para convertirse en un náufrago que cree ver un barco a lo lejos.

—¿Dijo algo? —me preguntó.

—No gran cosa —respondí—. Ha alquilado un apartamento. No creo que vaya a volver contigo.

—Putá vida —repitió.

Y después agarró su bebida por el cuello de la botella, pero antes de dar un trago descubrió que estaba vacía y la dejó nuevamente donde estaba.

Colocó sus manos encima de la mesa; sus dedos, estirados, rozaban el sobre de papel de manila que nos separaba.

—Me he acostado con ella —le confesé.

Contrajo los dedos despacio, como si estuviera moviéndose a cámara lenta, hasta que sus puños quedaron cerrados.

—¿Por qué lo has hecho? —me preguntó.

—Porque soy un monstruo —le respondí.

—Lo que eres es imbécil —dijo él.

Y justo después de terminar su frase me golpeó, de la misma forma en que lo hizo la noche que me escapé de casa, pero esta vez descargó su puño cerrado sobre uno de mis ojos.

\*

Decidí regresar a casa caminando porque pensé que ningún taxi se detendría para recoger a un individuo con el ojo morado y restos de sangre seca en la nariz y la camisa.

Sentía como si dentro de mi cabeza un caballo salvaje estuviera galopando a sus anchas por mi cerebro. Miré mi reflejo en la ventanilla trasera de un coche estacionado. Mi ojo estaba rodeado por una aureola morada y el tabique nasal había duplicado su tamaño.

Encontré una farmacia de guardia y entré. Al otro lado del mostrador había un chico de unos treinta años. Se sorprendió al verme, dio un pequeño paso hacia atrás, como si pensara que tenía una contagiosa enfermedad.

—Me he tropezado y me he golpeado contra un bordillo —le dije—. ¿Podría darme algo para la inflamación?

Salió del mostrador de forma apresurada, lo hizo arrastrando un pequeño taburete. No había nadie más en el establecimiento. Se acercó hasta el lugar en el que me encontraba y lo colocó frente a mí.

—Siéntese, por favor —me pidió—, y eche la cabeza hacia atrás para que pueda verle mejor.

Le obedecí. Al hacerlo la luz de los fluorescentes del techo me molestó y cerré los ojos.

—Es posible que se haya roto la nariz —me dijo. Tenía una voz dulce que le hacía parecer más joven—. No se mueva, ahora mismo vuelvo.

Continué con los ojos cerrados. De esa forma le escuché alejarse unos pasos y hablar con alguien, quizá su jefe o algún otro compañero con más experiencia.

—Mueva la cabeza ligeramente de izquierda a derecha —me dijo una voz diferente. Una voz grave y áspera. Parecía la voz de un fumador.

Abrí los ojos despacio, la luz hizo que no pudiera enfocar durante unos segundos. Cuando lo logré, descubrí que sobre mí, mirando el golpe de mi cara con suma atención, se encontraba el hombre al que mi padre había fotografiado durante décadas.

\*

—Dieciséis con noventa —dijo en un tono neutro el tipo que quizá fuera mi padre. Habían pasado al menos dos años desde la última fotografía y su aspecto era distinto. Lucía otro modelo de gafas y parecía haber perdido peso—. Recuerde, tómese una pastilla después de desayunar y otra por la noche, antes de acostarse.

Asentí en silencio, sin pronunciar una sola palabra.

—La pomada puede usarla tantas veces como quiera, le aliviará el dolor y le ayudará a hidratar la piel para recuperar su color natural lo antes posible. ¿De acuerdo? —me preguntó con una enorme sonrisa que dejaba a la vista una hilera de dientes blancos que parecían no acabar nunca.

—De acuerdo —contesté. Lo hice como un niño al que dejan solo en casa por primera vez y le piden que no abra la puerta a un desconocido bajo ningún concepto.

Busqué la cartera en el bolsillo interior de la chaqueta. Al hacerlo mis dedos tocaron una de las esquinas del sobre marrón de papel de manila.

Respiré hondo varias veces. Sentía como si alguien me estuviera introduciendo una afilada cuchilla por las fosas nasales. Saqué el sobre marrón, lo coloqué en el mostrador y después puse encima un billete de veinte.

Agarré la bolsa de plástico que contenía las medicinas y me di la vuelta sin esperar el cambio.

Justo en el momento en que abría la puerta de cristal y salía nuevamente a la calle, escuché al hombre al que mi padre había fotografiado durante décadas, al hombre que quizá fuera mi verdadero padre, diciéndome que había olvidado un sobre encima del mostrador.

\*

Entré en mi apartamento. Todas las luces estaban apagadas. Fui hasta la cocina, rompí un bloque de hielo en el interior de un paño de algodón y lo apreté contra mi ceja. Dejé la pomada y las pastillas sobre la encimera. En el suelo continuaban los dos recipientes que había usado Aurora durante los días que había pasado conmigo; uno para el agua y otro para el pienso.

Caminé hasta la habitación y me senté sobre la cama. A mi lado, encima de la mesilla de noche, estaba la vieja radio de mi padre. Decidí quedármela la tarde que mi hermano y yo fuimos a su casa para embalar los muebles y deshacernos de su ropa.

La agarré y la coloqué sobre mi regazo, las gomas que sujetaban las pilas de la parte trasera estaban ennegrecidas. La encendí. Seguía funcionando. La voz de un locutor nocturno de noticias rompió el silencio de la estancia. La coloqué de nuevo sobre la mesilla de noche, pero no la apagué.

Me quité los pantalones, los zapatos y los calcetines. Me incorporé y me dirigí al cuarto de baño. Al entrar noté bajo las plantas de mis pies el frío de las baldosas. Encendí la luz y dejé la puerta entornada.

Me miré en el espejo y recordé las palabras de Ángela Pedralbes. Estaba en lo cierto, la persona que se reflejaba al otro lado parecía un monstruo.

Despacio, me pasé la mano por el mentón, al hacerlo se pudo escuchar un sonido ligero, como el de un plato cocinándose a fuego lento. Abrí el segundo cajón del mueble del lavado y extraje una cuchilla. Cubrí mi rostro con espuma de afeitar y pasé la navaja por él con sumo cuidado, intentando no producirme ni un solo corte.

Durante todo el tiempo que tardé en afeitarme, no cerré el grifo ni una sola vez.